

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

Los monumentos

CUANDO cae inesperadamente sobre una ciudad la primera nevada, vemos que los chiquillos se apresuran a hacer sobre los parques y en el centro de las plazas una especie de monigotes o figuras que son el monumento mismo a aquello que acaba de ocurrir. Ello pasa, naturalmente, en los países donde nieva y es un homenaje ruidoso y alegre al clima. Esas niveas esculturas se funden solas a la primera acometida de los rayos del sol. El gran festejo de la nieve tiene pues su iconografía peculiar, el modo de ser enaltecido y representado; lo que era un fenómeno normal de la naturaleza se convierte en jolgorio cívico y juvenil.

Por más que pensemos y divaguemos en torno al hecho, éste nos parece el único modo de poder erigir un monumento al clima. Naturalmente que ello está vedado a las regiones cálidas, y la erección de estatuas al clima quedaría circunscrita a los parajes que tienen el privilegio de ver nevar. Quizá para resarcirse de una exclusión tan notoria leemos que, en Alicante, existe el propósito de levantar un monumento al clima, aunque no nieve.

Pero la noción del clima está compuesta de un sinfín de factores subalternos, pero sustanciales, de cuya unión o equilibrio podemos decir que nace el clima. Al clima de una región determinada lo hacen una serie de factores diversos: unos vientecillos que favorecen su benignidad, los estuivos del sol cálido, una atmósfera seca, la vecindad del mar, el abrigo de los montes. Todo esto es el clima, en escorzos fugaces, en suaves y complementarias presencias. Erigir un monumento al clima implicaría la elaboración de una masa pétreo donde se fundieran y congeniaran multitud de pequeños dioscillos, de duendes del sol, del viento o de la tierra, en múltiple gravitación en torno a algo tan inaccesible e indefinible como es el clima. En puridad, la noción del clima es demasiado sutil y enrevesada para que pueda ser figurada hiperbólicamente.

La noticia del propósito de algunas fuerzas vivas de Alicante para erigir un monumento al clima, nos suscita una reflexión sobre la capacidad monumental de las ciudades en el día de hoy, sobre las representaciones iconográficas que son hoy posibles y sobre la evolución que ha sufrido el ornato público o el homenaje cívico a cosas, personas o hechos, de un tiempo a esta parte. Las grandes ciudades, de piedra y de pompa, tenían este problema absolutamente resuelto. La mitología les daba en abundancia dioses y el arte militar les daba Césares. Hasta el siglo XVIII perduró este sentido trascendental de la ornamentación urbana. Las calles y las plazas se decoraban como un salón. Pero en cuanto el siglo XIX substituyó el desnudo en piedra de las ninjas por el chaleco de los industriales, y al dios Mercurio por el tribuno parlamentario, se estropeó absolutamente el asunto.

Ya algo de ello advertía Goethe cuando afirmaba, a principios del pasado siglo, que siempre que veía a una estatua en un parque pensaba en la revolución que la había de destruir. Naturalmente que la tea o el hacha no pueden medrar en la piedra que representa a Diana Cazadora, pero se ceban sobre un prócer burgués, padre de la patria, cuya gloria haya consistido en fundar una línea de barcos comerciales o dado a luz una emisión de bonos del Tesoro. El atractivo que sobre la iracundia y el desmán ejercen las largas patillas de un patricio o la chistera de un financiero del

siglo pasado, son superiores al que ejerce el cuerpo de una diosa púdicamente bañado por el sol.

Roma, que es la ciudad en piedra más noble del mundo, apenas nos evoca por sus monumentos figura alguna concreta de su historia. Los grandes Papas reservaron su efigie solamente para el monumento funerario, para su tumba. Parece que el afán de la posteridad trasladado a la piedra sea sólo indispensable para dejar únicamente la estampilla de nuestra faz en un rincón recoleto, y al abrigo de los excesos de las turbas o de las libertades orgánicas de los palomos. El monumento a Victor Manuel, padre del Risorgimento y de l'Unità, es en este sentido excepcional, y está tan alto y distante y, además, a caballo, rodeado por un parainfo de columnas, que no debe ser tenido en cuenta como representación iconográfica personal, sino más bien como una alegoría. En cambio, Roma entera está llena de hipógrifos, de ninjas, de diosas, de atlantes, de cupidos. Parece que la eternidad y el espacio se hayan inmiscuido con su propia carnadura, que es la piedra, en el trasiego mortal de los hombres. De ahí la noción de perennidad y de grandeza que nos da Roma, que ignora la muerte y entroniza la inmortalidad.

Los artistas, los arquitectos, los urbanistas parece que andan un poco desconcertados respecto a la forma de ornamentar las ciudades en el día de hoy. Nosotros quisiéramos inclinarlos a observar con cariño la prestancia inmensa que tiene en este aspecto la ciudad de Roma, y que se valieran de los elementos innumerables que dan todavía la piedra y la mitología para estos menesteres. Pero muchos de ellos consideran una antiqualla situar a Mercurio sobre una fuente, en mitad de una plaza, y prefieren una evocación impersonal y abstracta, a base de hierros y metales sin ninguna representación. No solamente eso, sino que abstraen incluso la personalidad de quien se trate de honrar, cuando los presupuestos municipales ya tienen elegido a un preclaro varón para monumentalizarlo en una esquina. Hace pocos años, se trató en Barcelona de erigir un monumento al ingeniero Cerdá, autor del proyecto del Ensanche barcelonés, que se mostró tan clarividente hace más de cien años. El monumento, ya inaugurado, para nada nos evoca ni a Cerdá, ni al ensanche barcelonés, ni al urbanismo, ni a la arquitectura. Es una especie de organigrama de pequeñas cajitas de latón y de madera, dispuestas sobre un andamiaje de tubos; y si no fuera por una leyenda disimulada en un pedestal, el futuro curioso lo confundiría con el andamiaje de una obra interrumpida.

Quizá lo que ocurre es que haya pasado ya el tiempo de la gente monumentalizable. En este aspecto, el fracaso del culto a la personalidad se anticipó a la definición de él que hizo en su día en Rusia el señor Kruschev. Es probable que ya no veamos asomar nunca más, entre yedras de parque romántico, los bustos de los ciudadanos insignes, que fueron flor de un día y a los que sólo rinden culto los pajaritos. Ni tendrán audiencia en los planes de urbanización aquellos militares de otra hora montados a caballo y que dieron lustre a una encrucijada de la historia. Tal vez el tonante Castelar de la Avenida madrileña se tenga que apear algún día, al menos simbólicamente, de su pedestal, donde su voz poderosa parece todavía que pretenda asombrarnos. En el mundo de la ingeniería y de la democracia tal vez sólo consigan emerger algunas obras colosales como la torre Eiffel o la Estatua de la Libertad. En tal caso sugerimos que el mejor monumento al clima en Alicante sea Alicante misma, que ya está allí.